

# jarros rituales canecas rituais

Vaccearte

9.ª exposición de arte contemporáneo  
de inspiración vaccea

Carlos Sanz Mínguez

*Editor*

**JARROS RITUALES**  
**CANECAS RITUAIS**

**Vaccea La otra mirada, 11**  
**Valladolid - 2017**

**EDITOR**

Carlos Sanz Mínguez

**DIBUJO ARQUEOLÓGICO**

Luis Pascual Repiso - CEVFW

Ángel Rodríguez González

**FOTOGRAFÍAS**

CEVFW y autores de las obras

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN**

Eva Laguna Escudero - CEVFW

**Edita:** Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid

**Imprime:** gráficas CELARAYN, s.a.

**ISBN:** 978-84-697-5813-7

**Depósito Legal:** DL VA 740-2017

## **SUMARIO**

### **PRESENTACIONES**

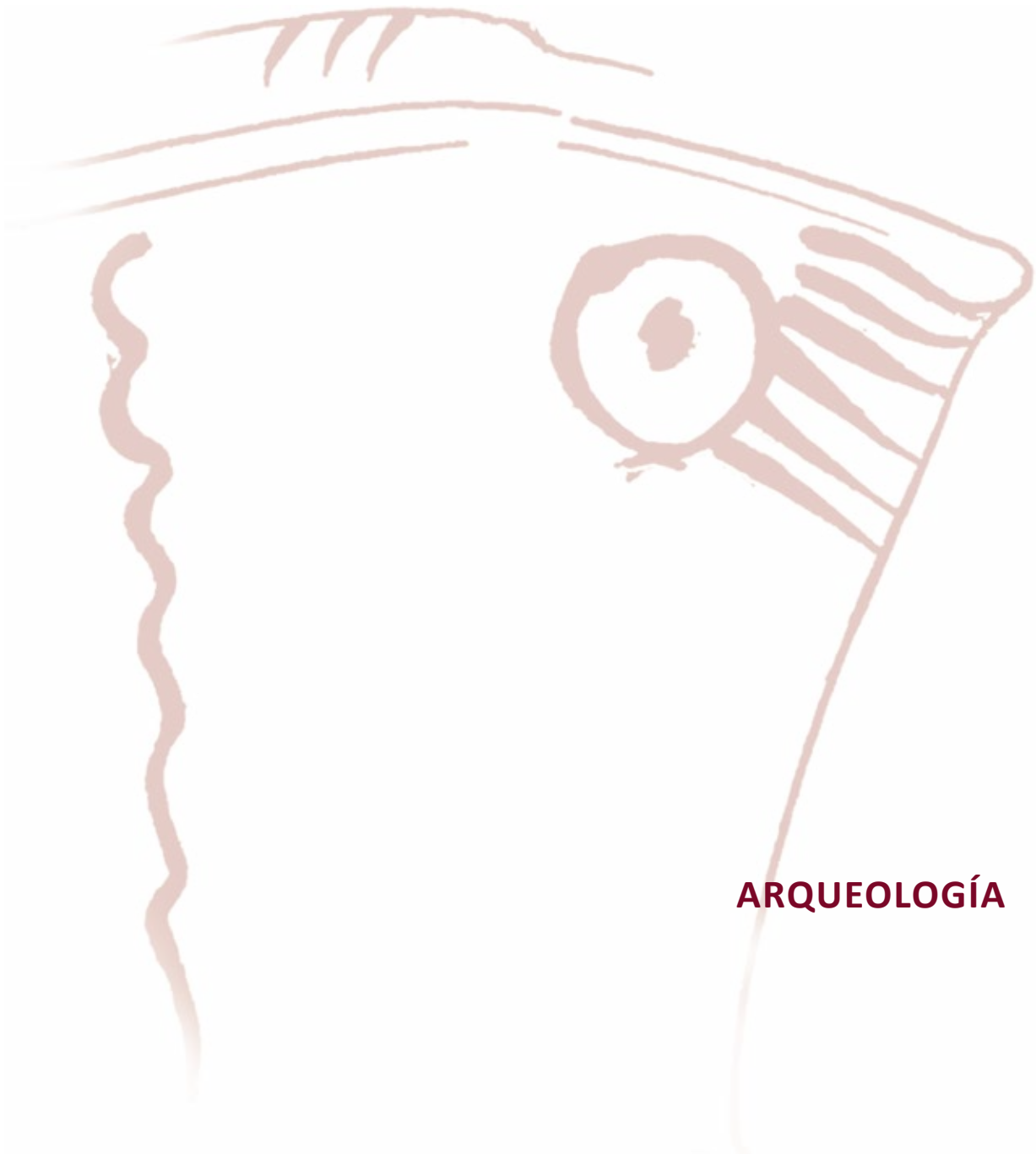
Rector de la Universidad de Valladolid  
Presidente da Câmara Municipal de Viana do Castelo

### **ARQUEOLOGÍA**

*Jarros de pico en los ritos vacceos y en la tradición alfarera peñafoielense*  
Carlos Sanz Mínguez y Elvira Rodríguez Gutiérrez

### **ARTE**

*VacceArte. Catálogo*



**ARQUEOLOGÍA**



# JARROS DE PICO EN LOS RITOS VACCEOS Y EN LA TRADICIÓN ALFARERA PEÑAFIELENSE

Carlos Sanz Mínguez  
Elvira Rodríguez Gutiérrez

No resulta sencillo determinar a qué estímulos concretos se debe la creación de una vajilla como el jarro de pico, de funcionalidad vertedora tan bien determinada y de pervivencia sin solución de continuidad hasta nuestros días en prácticamente todo tipo de ambientes.

Podríamos convenir que fenicios, griegos y etruscos jugaron un papel fundamental en la conformación y difusión de este nuevo soporte a lo largo del primer milenio a.C. hacia los territorios más recónditos de la Europa templada y en particular, por lo que ahora nos interesa, de la península Ibérica. Lógicamente las zonas costeras recibirían más tempranamente tales piezas en unión de otros objetos e ideas, produciéndose un gradiente cronológico de distribución cuanto más al norte y oeste del Mediterráneo nos encontremos.

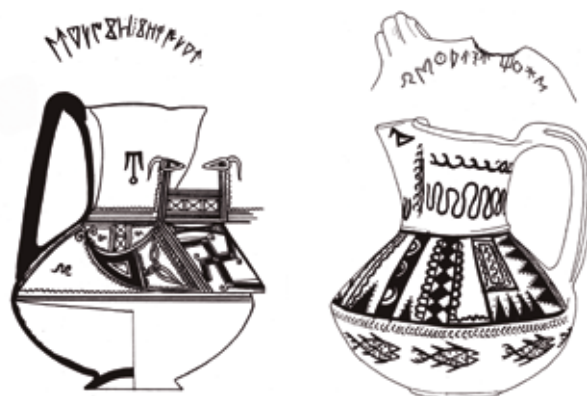
De igual manera que para Europa Central la fundación de *Massalia* por griegos focenses, en el 600 a.C. en la desembocadura del Ródano, significó la vía de entrada a nuevos conceptos y estímulos orientalizantes que cristalizaron y configuraron el mundo prerromano laténico a partir del siglo V a.C., en la península Ibérica las fundaciones fenicias y griegas (Ampurias en el 575 a.C.) conformaron un nuevo modelo de interacción entre el mundo civilizado mediterráneo y las poblaciones autóctonas.

Los jarros de pico han de entenderse como parte de ese estímulo, asociados a otra serie de servicios de bebidas como crateriformes, anforiscos, copas, *cyathus*, etc., cuyos modelos originales, las importaciones propiamente dichas, apenas superan la zona de costa y su área de influencia inmediata. Tales conjuntos estuvieron concebi-

dos en origen para el consumo civilizado del vino, dentro del desarrollo del *simposium* o de banquetes funerarios o *silicernia*, pero no sabemos hasta qué punto tales usos fueron asimilados y en qué momento se pudieron hacer propios, incorporándose estos tipos, al menos formalmente, al repertorio local cerámico.

En el interior peninsular las importaciones apenas tuvieron presencia, pero las ideas asociadas a determinados objetos sí que alcanzaron estos territorios alejados de la costa. Así, entre los arévacos, los jarros muestran muy buena representación en Numancia (Soria), con más de sesenta ejemplares, de gran personalidad, algunos con temática figurativa y policroma; destaca en particular un gran *oinochoe* con inscripción celtibérica pintada en el

Jarros de Numancia y de Caridad de Caminreal con inscripciones (según F. Burillo).





Posible sacerdote con tocado cónico sacrificando un ave sobre un altar; en su mano izquierda sujeta un jarro de pico. Fragmento cerámico pintado de Numancia (dibujo F. Wattenberg; fotografía A. Plaza).

borde, que encuentra su mejor réplica en otro ejemplar similar de Caridad de Caminreal (Teruel) igualmente con inscripción. En ambos casos nos encontraríamos ante vasos de encargo, que en virtud de sus inscripciones y, según ha señalado F. Burillo, habrían tenido un papel especial de libación entre los grupos familiares celtíberos. La idea de que estos recipientes especiales pudieran haber servido para la realización de rituales de libación con carácter colectivo encuentra apoyo, asimismo, en una escena pintada en un fragmento cerámico numantino, donde un sacerdote u oferente, delante de un altar, sujeta en su mano derecha un *oinochoe*.

Todavía en territorio arévaco conocemos ejemplares de jarros en El Ceremeño II, cuya cronología del siglo V a.C. resulta excepcional, ya que tales recipientes (como los de Numancia, Langa de Duero, Izana u Ocenilla) proliferan a partir de los siglos II-I a.C. También en la necrópolis de Pinilla Trasmonte, con similar cronología, se pudo obtener una buena representación de tales piezas en sus tumbas. Alguna más se conoce en territorio carpetano, en lugares como Santorcaz o el cerro de la Gavia. Sin embargo, desaparecen más hacia el occidente y en territorio vetón no sabemos de su existencia.

En el área vaccea los jarros de pico u *oinochoes* constituyen un tipo de producción cerámica de fuerte personalidad que, a sus peculiares aspectos morfológicos —pico vertedor y asa vertical de sujeción—, une un despliegue iconográfico de especial relevancia, alejado de los motivos geométricos más simples y repetitivos de otros recipientes.



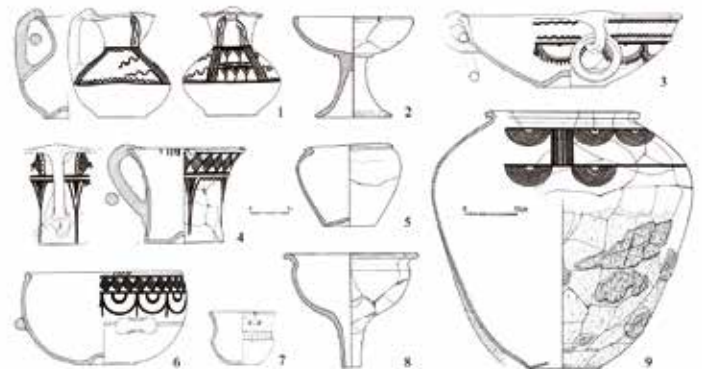
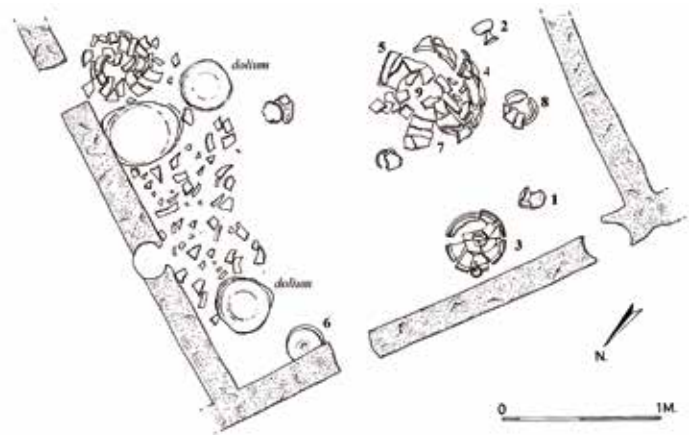
Jarro de pico y desarrollo de su decoración de la necrópolis de Pinilla Trasmonte (según J. Moreda y J. Nuño).



En la Zona Arqueológica Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid) contamos con una colección verdaderamente numerosa de tales piezas, procedentes tanto de su poblado de Las Quintanas como, en mayor medida, de su necrópolis de Las Ruedas. Se han podido reunir algo más de una treintena de piezas con un contexto arqueológico preciso, lo que nos ofrece una oportunidad extraordinaria para acercarnos de manera fidedigna a su comprensión funcional, social e ideológica.

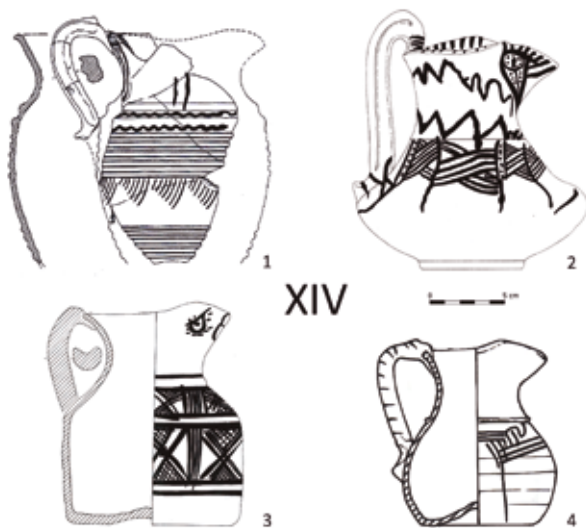
De Las Quintanas destaca el ejemplar hallado en 2003 en el sector E1 de la zanja de excavación, dentro de la llamada “estancia del banquete”, de la casa 4 del nivel sertoriano (primer cuarto del siglo I a.C.), con un conjunto de materiales asociados tales como una copa, una fuente, una olla tosca, un cuenco, un vasito acampanado, un embudo, una taza y tres *dolia*. El análisis de contenidos practicado a estos recipientes proporcionó para el jarrillo —de poco más de medio litro de capacidad (590 ml)— y la taza indicadores de presencia de cerveza, de igual manera que el vasito acampanado —por cierto, con reparación de época mediante lañado— lo hiciera de restos de tartratos (vino) o la fuente de residuos de grasa animal. Todo ello nos llevó a entender este espacio como escenario en el que su dueño ofreciera banquetes a parientes y amigos, ágapes con los que el anfitrión contribuiría a reforzar sus vínculos parentales y sociales mediante la dispensa de viandas y bebidas alcohólicas, muy particularmente de vino, un verdadero bien de prestigio que en estos momentos solo estaría al alcance de unos pocos.

Jarrillo de pico de la llamada “estancia del banquete” de Las Quintanas de Pintia. A la derecha fotografía, planimetría y conjunto cerámico de dicha estancia.



De un contexto espacial y cronológico similar, procede otro ejemplar, este de mayor capacidad (2.380 ml), recuperado en el año 2000 entre los escombros de la vivienda 6, ubicada entre los sectores E1 y F1 de la referida zanja de excavación de Las Quintanas. Se halló completo, junto a otros grandes recipientes de tipo *dolium*, todos aplastados bajo el nivel de escombros, contexto que parece ofrecer una relación clara entre el almacenaje (*dolia*) y el servicio del vino (*oinochoe*).

Ambos recipientes muestran un perfil marcadamente bitroncocónico que configura un característico cuerpo panzudo. Este tipo de jarro resulta ser el de más frecuente



aparición (tipo XIV2 de Sanz Mínguez). Existen otros ejemplares, menos habituales y más tardíos, que muestran cuerpos cilíndricos (tipo XIV3 de Sanz Mínguez). El primero de ellos al que nos referiremos apareció en una capa de nivelación, de época augustea, al exterior del muro sur de la casa 1 de Las Quintanas, bien datada en la primera mitad del siglo I d.C. por la asociación a un denario de Cayo y Lucio (nietos del emperador Augusto), acuñado en Lyon entre los años 2 a.C. y 14 d.C., moneda que proporciona una valiosa fecha *post quem* para el nivel. Aunque fragmentario, inclu-



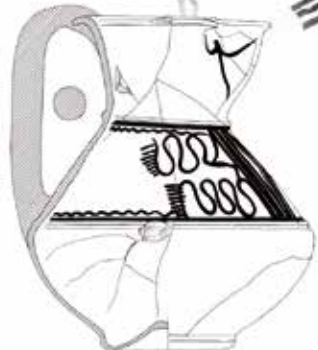
Izquierda: tipos de jarros de pico de *Pintia*, según Sanz Mínguez. Arriba y abajo: vivienda 6, ubicada entre los sectores E1 y F1 de la zanja de Las Quintanas de *Pintia*, y detalle de las vasijas aplastadas por el escombros.





Arriba: jarro de pico procedente del sector A1 al exterior de la casa 1 de Las Quintanas de *Pintia*, con decoración de pájaros y elementos astrales.

Abajo: jarro de pico del sector E1 de la casa 6 de Las Quintanas de *Pintia*.





Jarro menor (arriba), conjunto (medio) y detalle de la rotura del jarro mayor (abajo) de la tumba 56, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

ye este jarro en lo conservado una interesantísima decoración bícroma, en óxidos de manganeso y de hierro, de pájaros y elementos astrales, incluida una posible representación de la bóveda celeste sustentada por un pie derecho o, en su caso, de un árbol de la vida cuyos extremos se transforman en cabezas de caballos.

De una misma tipología cilíndrica y data augustea son los dos jarros de la tumba 56 de la necrópolis de Las Ruedas, un conjunto recuperado en 1987 cuyo ajuar estaba compuesto por trece piezas, diez de ellas cerámicas, con un cubilete de paredes finas de tipología romana que proporciona una cronología firme al mismo. Los objetos metálicos en hierro estaban constituidos por un cuchillo, una punta de lanza de gran capacidad penetrante y una cama de arreo de caballo. Los análisis antropológicos proporcionaron una condición de probable varón de 30-40 años, dato que unido al ajuar señalado nos habla de un noble vacceo, un verdadero *equites* o caballero. No resulta habitual la inclusión de dos jarros para el vino en una tumba, pero en este caso ambos son excepcionales. Cuentan con una decoración de retícula pintada formando triángulos en una composición aspada, muy característica de estos momentos tardíos y el menor (680 ml) incluye a ambos lados de la piquera unos hermosos ojos apotropaicos que ofrecen la imagen de un pájaro, tal vez un gallo, pudiendo ser los trazos pintados bajo el pico representación de las barbillas de este animal y los existentes en el arranque del asa de la cresta y la cola. Destacable igualmente la posición de este jarrillo junto al cubilete de paredes finas y ambos ligeramente separados del resto del conjunto, lo que viene a expresar, creemos, cambios importante en los soportes utilizados para el servicio del vino, de la tradicional copa de pie esbelto al vasito de paredes finas. El





a la nueva vida y de forma pareja a como sucede en otros conjuntos, según veremos. Se estima una cronología para el depósito de en torno a los siglos III-II a.C.

Llegamos en esta descripción de jarros obtenidos en contexto a unos de los conjuntos más relevantes descubiertos hasta el presente en la necrópolis de Las Ruedas: las tumbas 127a, 127b y 128, sincrónicas y correspondientes a dos mujeres adultas y una niña de unos siete años, de la aristocracia vaccea, que fueron objeto de un ritual de cremación a pie de tumba o *bustum*, excavadas entre 2007 y 2011. Desconocemos la razón del óbito simultáneo, si resultante de una pandemia o de un episodio trágico en una época de fuerte inestabilidad como consecuencia de los inicios de la conquista romana, ya que la cronología del nutrido conjunto de materiales recuperados nos remite a la segunda mitad del siglo II a.C. o incluso inicios del I a.C. Las tres sepulturas incluían entre sus ajuares jarros de pico: uno grande (1.600 ml) y otro pequeño (430 ml) sin el pico en 127a, dos pequeños en 127b (460 y 530 ml) y uno más en 128 (1.860 ml), este último de gran calidad técnica y belleza que incluye aparentemente una representación de los zarcillos con los que las vides van sujetándose a sus soportes. Resulta interesante comprobar cómo los jarritos de la tumba infantil 127b corresponden al mismo modelo (tipo XIV4) de menor capacidad señalado para la tumba 98; tal circunstancia vuelve a concurrir en las tumbas también infantiles 262 y 265, por lo

Derecha: tumbas 127a, 127b y 128, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*. Abajo: detalle del jarro de la tumba 128, con decoración de zarcillos.



que parece poderse derivar una relación entre este tipo de jarritas y una edad corta.

El jarro de la tumba 128 —cuyos ojos con largas pestañas pintados en la piquera sirven de icono a la presente exposición de VacceArte—, al estar ligeramente fragmentada en la zona inferior de la panza muestra la finura de unas paredes que no llegan al milímetro de espesor; con tal grosor levantar la pieza en el torno resulta materialmente imposible, ya que las paredes de esta colapsan una y otra vez; por ello, sería necesaria una elaboración inicial con perfiles más gruesos o espesos que, con posterioridad, una vez oreado el barro lo suficiente, serían rebajados mondando literalmente las paredes mediante la presión progresiva de un mordiente, hasta alcanzar el espesor deseado: es lo que conocemos como “proceso de retorneado”, en el que se marcarían las molduras y baquetones que algunos ejemplares muestran bajo el borde y sobre la carena. Tal circunstancia constituye fiel testigo de la calidad técnica alcanzada por los alfareros vacceos en sus producciones cerámicas.

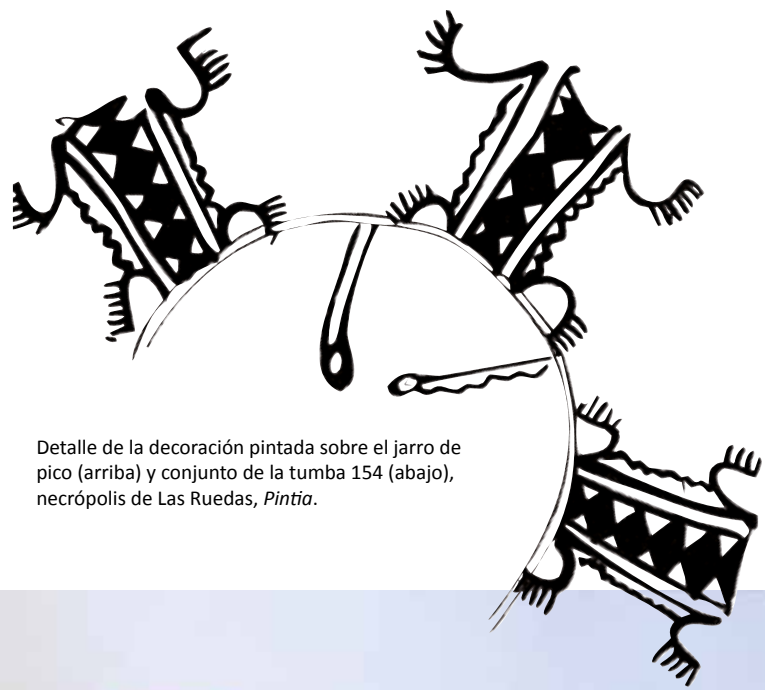
Uno de los ejemplares con representaciones más enigmáticas es el jarro de la tumba 151 (1.540 ml) que muestra en la panza, además del habitual motivo cruciforme bajo la piquera, siete posibles prótomos de animales reducidos a un cuello y a uno o dos ojos con trazos ciliares. Perteneció esta tumba a un varón guerrero, a juzgar por un importante ajuar en el que hacen acto de presencia las armas (puñal, *caetra* y cuchillo), pero también herramientas miniaturizadas como una alcotana o pico-azada que podrían aludir a la promisoría agricultura vaccea, además de un punzón entre los elementos metálicos. Entre la quincena de vasijas cerámicas que concurren en esta tumba destaca el que podría ser el recipiente complementario de la jarra donde verter su preciado contenido: una copa de cerámica negra bruñida hecha a torno. No obstante la condición guerrera del finado parece chirriar por la inclusión de una fusayola o contrapeso del uso de hilar, elemento de la actividad textil vinculable en el mundo antiguo al universo femenino. En cualquier caso, no sería difícil de explicar la presencia de este objeto en una tumba



Jarro de pico de la tumba 151, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

de guerrero si consideramos que en la sepultura, además de las pertenencias del individuo, encontrarían lugar también ofrendas, unas alimenticias de carácter viático, otras de aquellas personas que hubieran mantenido vínculo con el fallecido y desearan expresar su relación con él; así pues, una mujer podría haber incorporado este elemento textil a la tumba.

La tumba 154 (campana de 2008) con más de cuarenta piezas entre sus ajuares, constituye uno de los conjuntos más relevantes. La presencia de especieros-saleros zoomorfos, junto con crateriformes, dos copas y un mortero parece hablarnos del banquete funerario, en el que tampoco faltaría un jarro de 1.320 ml de capacidad.



Detalle de la decoración pintada sobre el jarro de pico (arriba) y conjunto de la tumba 154 (abajo), necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

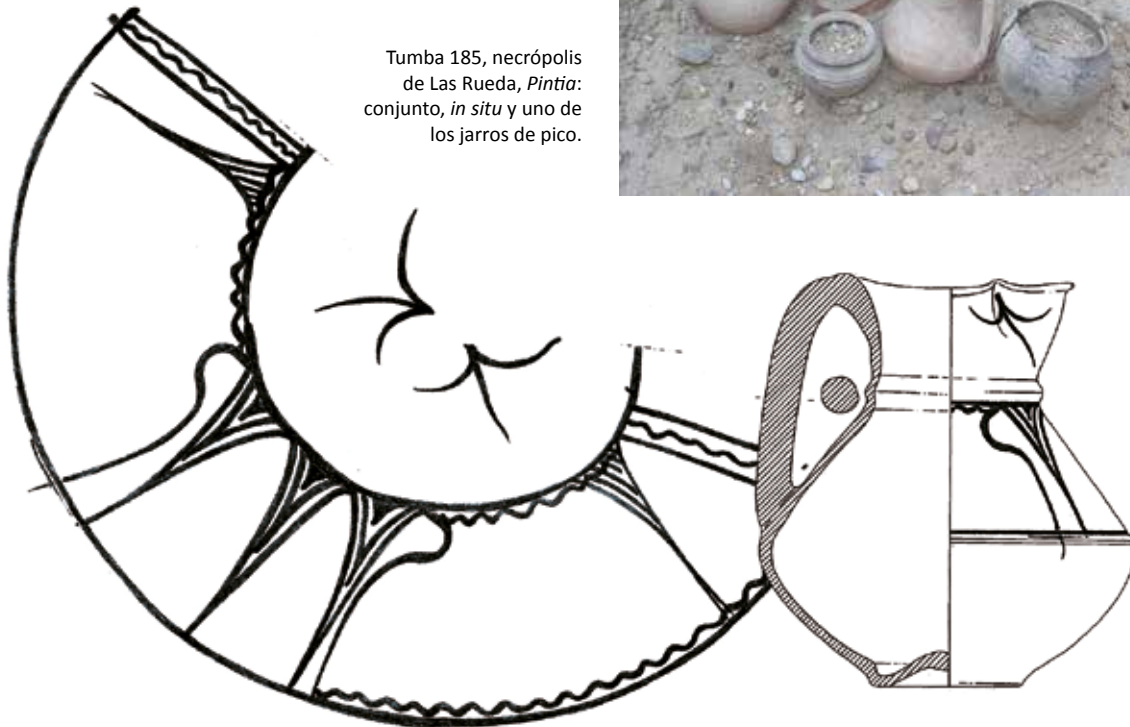


Posee este una decoración verdaderamente emblemática del universo vacceo: un zoomorfo en perspectiva cenital repetido por tres veces sobre la panza, aunque algo reelaborado ya que sus patas traseras en vez de estar orientadas hacia delante, como ocurre con las delanteras, están invertidas. La presencia de pinzas para el fuego y unas tijeras de hierro, amén de dos fusayolas, podría estar señalando la condición femenina de un individuo cuyo análisis de restos óseos cremados no permitió precisar su sexo, pero sí su carácter adulto.

En la tumba 185 (campaña de 2009) observamos algo no demasiado frecuente como es la duplicidad del servicio de jarros de pico, que en la tumba se dispusieron al lado uno del otro y enfrentados por la piqueta. El menor (1.540 ml) se presenta con la superficie intensamente bruniada pero carece de decoración. El otro, ligeramente mayor (1.950 ml), muestra pintado bajo la piqueta uno de los temas más característicos del mundo vacceo: triángulos rellenos proyectados hacia la base. Un gran crateriforme y



Tumba 185, necrópolis de Las Rueda, *Pintia*: conjunto, *in situ* y uno de los jarros de pico.



algunos vasos o cuencos completan el servicio de bebida. El ajuar guerrero queda expresado en un puñal de filos curvos y su broche y una punta de lanza, que nos remiten a una cronología de la segunda mitad del siglo II a.C. o inicios del I a.C., por más que algunas cerámicas hechas a mano de colores oscuros recuerden momentos precedentes. En este caso, el análisis antropológico proporcionó una condición de varón mayor de veinte años.

La misma diagnosis —varón y mayor de veinte años— cabe para el finado de la sepultura 195, descubierta en el desarrollo de la campaña de 2009. Como la anterior, incluye un puñal de filos curvos y punta de lanza, además de algún elemento de *toilette* como las pinzas de

depilar propias de estos ajuares de guerrero. Otras pinzas relacionadas con el fuego ponen de manifiesto el banquete funerario, al que se incorporaría el servicio de bebida que incluye además del jarro de pico, grandes vasos y crateriforme, amén de un pie de copa que carece del cáliz. El deficiente estado de conservación del jarro de pico en su superficie ha impedido reconstruir la rica decoración pintada que lo cubría, pero esta pieza muestra una serie de caracteres formales secundarios como pueden ser la piqueta cerrada, el labio vuelto en horizontal, la disposición ligeramente oblicua del asa de sección circular y la manera en que se pega en ambos extremos, la presencia de dos baquetones, uno en el cuello y otro sobre la carena

Tumba 195, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.



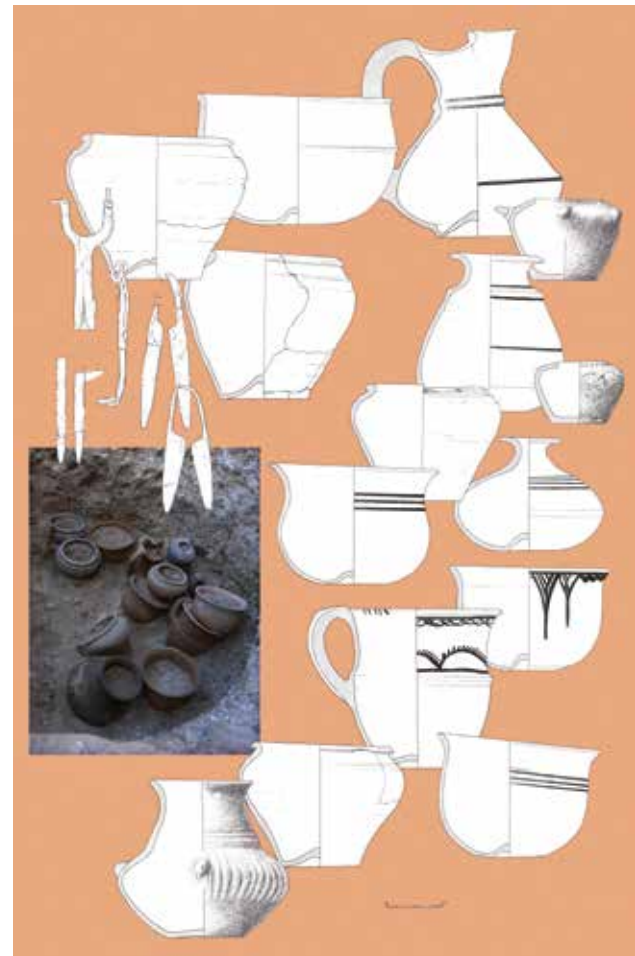
de la panza, o, finalmente, la base resaltada umbilicada, que coinciden punto por punto con el jarro de Las Quintanas descrito de la vivienda 6 o con el precedente de la tumba 185. Tal comunión de gestos artesanales resulta muy interesante ya que nos permite afirmar que dichos jarros salieron de la mano de un mismo alfarero, lo que no deja de ser interesante por cuanto cabría extender la cronología sertoriana (primer cuarto del siglo I a.C.) del jarro obtenido en la estratigrafía del poblado al de las tumbas señaladas.

La tumba 216 fue descubierta en la campaña de 2009. Es un conjunto bien conservado cuyo ajuar estaba compuesto por veinte objetos de los cuales quince son cerámicos y otros cinco de hierro: dos tijeras, una espátula biapuntada, un elemento de fuego (posible rasqueta) y un báculo, este en el interior de la urna cineraria, en estrecha conexión con los restos cremados del difunto hasta el punto de que la corrosión del hierro ha hecho solidarios al mismo varios fragmentos óseos. Aunque el análisis antropológico ha proporcionado una condición indeterminada en relación al sexo y carácter adulto del individuo, la presencia del jarro entre este tipo de ajuar viene a plantear la extensión de su uso a otra clase de personas aparentemente no de condición guerrera, ya que las armas no hacen acto de presencia aquí. El báculo en cuestión corresponde al modelo más simple, conformado por una horquilla sobre un empuñadura tubular, con los extremos vueltos sobre sí mismos determinando una especie de volutas de las que se suspenden anillas móviles. Ajuares similares, con estos símbolos de autoridad y sin armas, han sido localizados en los registros más tardíos de la necrópolis de Numancia, pero probablemente los testimonios más explícitos para determinar la función y estatus que este tipo de objetos proporcionó a quienes los portaban sea el pilar-estela de la necrópolis murciana de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho, en Jumilla (Murcia), donde se puede observar la imagen de un jinete sosteniendo sobre el caballo, con su brazo derecho, uno de estos emblemas de autoridad. En el cementerio numantino este tipo de objetos en tumbas tardías sin armas ha sido interpretado como expresión, bien de ajuares femeninos, bien de un cambio ideológico de representación del poder en

Pilar-estela de la necrópolis murciana de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho, en Jumilla (Murcia)



Tumba 216, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

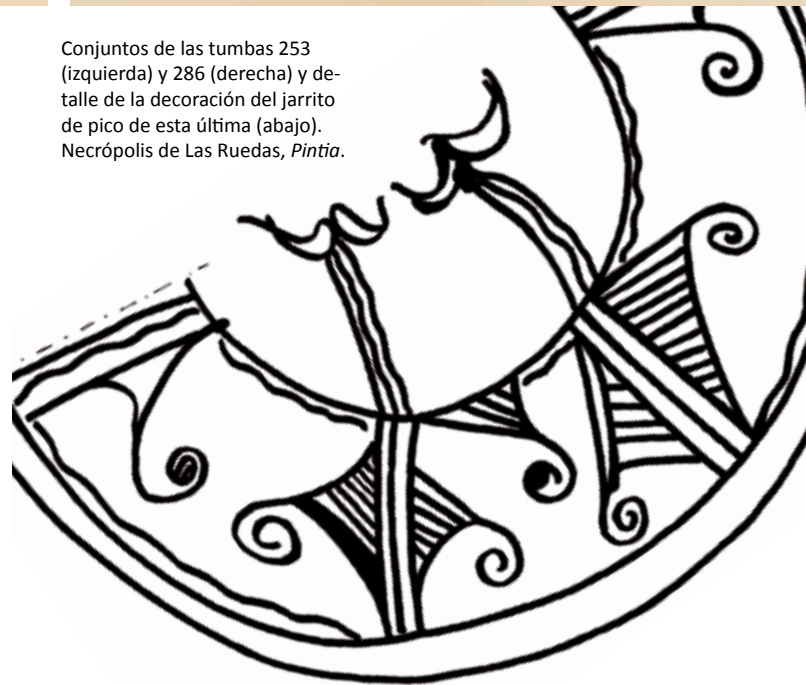




un nuevo contexto urbano. En la necrópolis de Las Ruedas estaríamos, sin embargo, ante un emblema o báculo de distinción que representa una alternativa a las armas que siguen vigentes en conjuntos aledaños de esta misma cronología (siglos II-I a.C.).

Dentro de este rápido repaso al registro pintiano repararemos aún en las tumbas 253 (campaña de 2012) y 286 (campaña de 2015), por representar una realidad diferente de la analizada hasta ahora en este cementerio. En efecto, los conjuntos precedentes tienen un nivel de riqueza elevada, expresada en el número de objetos por tumba y en la calidad y variedad de sus componentes. Sin embargo, para estos otros conjuntos observamos una menor riqueza y, no obstante, presencia también de jarros de pico. En una y otra tumba se contabilizan siete cerámicas (en la fotografía de la tumba 253 falta un recipiente hecho a mano de conservación muy precaria) y un objeto metálico en bronce (anilla y elemento de suspensión de una navaja de afeitar, respectivamente), y en la 286 cinco canicas y dos fusayolas. El análisis de los restos antropológicos solo se ha realizado para la 253, y proporcionó una condición masculina y edad superior a los 20 años. A la espera de los resultados de la 286, cabría ver cierta contradicción entre las fusayolas presentes (la función femenina de la actividad textil) y la navaja de afeitar, pero ya hemos indicado cómo algunos elementos, lejos de ser atributos personales, pueden representar sencillamente ofrendas de aquellos que tenían algún vínculo con el finado. En cualquier caso, llama la atención que los jarros

Conjuntos de las tumbas 253 (izquierda) y 286 (derecha) y detalle de la decoración del jarrito de pico de esta última (abajo). Necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.



de pico representados en ambos conjuntos sean del tipo XIV2, pero de los de pequeño tamaño (590 y 420 ml de capacidad, respectivamente), tal vez acorde al menor relieve de los finados.

Por último nos referiremos a la tumba 259, un cenotafio de finales del siglo I d.C. hallado en la campaña de 2012. Esta sepultura conmemorativa se localizó en el margen del arroyo de La Vega, afectando su hoyo a la escolle-



Tumba 259, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

ra construida poco antes con estelas calizas caídas, para impedir la avenida de las aguas en el espacio cementerial. El ajuar estaba formado por diez piezas, de las cuales siete eran cerámicas (cuatro finas, dos toscas y una copita de imitación de *terra sigillata*) y tres hierros: un posible espetón, un cuchillo y un objeto indeterminado. El jarro conservado, de 550 ml de capacidad, cuya pasta tiene un aspecto deliberadamente blanquecino —imitando las características cerámicas en barro blanco de tipo Clunia que le son contemporáneas—, posee una decoración pintada en óxido de manganeso con los típicos pájaros de ese momento, muy panzudos y con penacho, que tanto recuerdan el propio perfil de los jarros de pico. A través de este conjunto podemos comprobar cómo en pleno proceso de romanización, al final del siglo I d.C., estos jarros se mantenían operativos.

A través de la selección del registro arqueológico pintiano expuesto hemos podido acercarnos de forma preliminar —un estudio de mayor alcance está en curso—

al papel que jugaron estos *oinochoes* o jarros de pico en la cultura vaccea. Su vínculo con los rituales de comensalidad y específicamente con el consumo de bebidas alcohólicas se acredita tanto en el ámbito doméstico, como sobre todo en el funerario, de registro más extenso. Rituales de vida y muerte en cuyos desarrollos litúrgicos los jarros habrían tenido un importante papel, en libaciones o simplemente en el traslado del codiciado vino desde los odres a las copas, verdadero bien de prestigio restringido a las elites, independientemente de que fueran varones —guerreros o sin armas pero con emblemas de autoridad—, mujeres o niños.

Decíamos al principio que resultaba difícil establecer los usos e ideas orientalizantes que cuajaron en los diversos territorios prerromanos de la península Ibérica. Entre los vacceos hemos creído poder ver la trasposición de algunas de las vajillas características del *simposium* griego, en particular ciertos vasos de gran tamaño a los que nos referimos habitualmente como crateriformes, además de

las copas de fuste más o menos elevado, los jarros de pico o incluso ciertos vasitos de medida o *cyathus*, todos ellos en correspondencia con los respectivos modelos griegos.

En cuanto a la variedad tipológica de jarros cabe señalar que los más frecuentes son los de perfil bitroncócnico o XIV2, seguidos de XIV4 y XIV3; las dos primeras variantes señaladas muestran jarros grandes y pequeños, mientras que la última solo ofrece tamaño pequeño y parece corresponderse con individuos infantiles, recordándonos a aquellos pequeños *khoes* o jarros de pico en que los griegos ofrecían vino por primera vez a los niños de más de tres años en el segundo día de la fiesta de las *Antesterias*.

Apuntamos también con ciertas cautelas la tendencia a utilizar múltiplos de 400 ml en las diversas capacidades de estos jarros, con 400 ml en el caso de los menores y hasta 2.400 ml en los de mayor tamaño.

Del aprecio por estos jarros da testimonio igualmente la reparación de época del ejemplar de la tumba 56 de mayor tamaño, extensible a otros objetos relacionados con el servicio del vino como el *cyathus* de la “estancia del banquete” al que también nos hemos referido.

La importancia de esta forma de servicio de vino por excelencia se expresa igualmente en el contenido más elaborado y altamente simbólico de sus decoraciones pintadas, con ojos protectores situados a ambos lados del pico vertedor, que en numerosos casos parecen remedar la imagen de pájaros, los cuales se hacen más explícitos en los conjuntos más tardíos. No faltan tampoco motivos aspados bajo el pico o prótomos de animales, zoomorfos en perspectiva cenital, zarcillos, ojos, etc.

Bien es cierto que pese a conocerse ejemplares de este tipo en *Pintia* desde el siglo III a.C., parece que es en los siglos II-I a.C. cuando muestran su mayor presencia, con continuidad hasta el final del registro funerario de Las Ruedas en el siglo I d.C. e inicios del II d.C. Afirmación que parece no poder mantenerse para otros soportes asociados, como la copa más o menos esbelta de época vaccea que, en los conjuntos más tardíos parece ser sustituida por cubiletes de paredes finas (tumbas 56 y 121) o delicados cuencos de costilla de vidrio (tumba 68). A la postre Roma impondría nuevos usos y ritos en relación con el servicio del vino, pero el vínculo del jarro como el soporte ideal



Jarro de pico romano, procedente del pozo artesiano fallido del sector B1 de la zanja de excavación de Las Quintanas, *Pintia*.

para su líquido elemento se había fijado en la memoria colectiva y tal asociación, sin excluir otras, se mantendría a lo largo de los tiempos, sin solución de continuidad, hasta nuestros días. La generalización del consumo de vino a partir del mundo romano y, sobre todo, la expansión del cultivo de la vid a lo largo del Medioevo en los diversos centros monacales irán transformando un bien escaso y de prestigio en elemento imprescindible en la dieta de las sociedades preindustriales. En relación con dicho desarrollo cabe pensar en el mantenimiento y expansión del soporte que tratamos. Sirvan de muestra los testimonios en la tardoantigüedad o en la Alta Edad Media de jarros

de pico en necrópolis como las segovianas tardorromana de Roda de Eresma o visigoda de Espirido; o igualmente en la Plena y Baja Edad Media en los alfares de Duque de la Victoria de Valladolid, con producción ente los siglos XI y finales del XIV.

En Peñafiel, la producción de objetos cerámicos vinculados a los ricos caldos ya se legisla en el siglo XIV, hecho que pone de manifiesto una larga tradición alfarera. Las Ordenanzas de su Concejo, dadas en 1345, hacían referencia a las medidas y marcas que debían poseer los cántaros que se empleaban para la comercialización del vino. Ello nos permite vislumbrar una probable subsistencia de una alfarería —aunque un tanto degradada, coincidente con el antiguo territorio vacceo— muy vinculada al vino como no podía ser de otro modo en una zona de carácter marcadamente vinícola. De entre la gran variedad de la denominada *cerámica tradicional*, veremos distintas producciones estrechamente unidas a esta bebida, brillando con luz propia los platos y los jarros o las jarras de pico, las cuales se reconocieron como piezas identitarias de la alfarería peñafileense y es que esta población era uno de los centros alfareros más destacables de la región. Tanto es así que sus hornos abastecieron el noreste castellano alcanzando las provincias de Burgos, Palencia y Segovia. La coloración amarillenta de buena parte de sus jarros les otorgó la singularidad que les caracterizaría.

A través del Catastro del Marqués de la Ensenada (político ilustrado que ejerció de secretario de Estado en el reinado de Fernando VI), se sabe que a mediados del siglo XVIII en la población ribereña ejercían el oficio siete alfareros y, según otras fuentes, a finales de este mismo siglo el número ascendía a diez. Durante la centuria siguiente los talleres se fueron manteniendo como expresión de una importante actividad ceramista. No será hasta mediados del siglo XX cuando esta comienza a decaer. En ello tuvieron gran influencia los cambios experimentados a partir de la industrialización en España. Si bien es cierto que a este país el proceso de mecanización del campo arribó tardíamente respecto al resto de la Europa Occidental, las consecuencias también tuvieron gran repercusión tanto en el ámbito socioeconómico como en el paisajístico. Cambios que propiciaron en los decenios finales del siglo pasado



Arriba: jarro de pico de Peñafiel (colección Ernesto del Campo Blanco)  
Abajo: típico almuerzo durante las fiestas de San Roque, en Peñafiel, a la puerta del antiguo hospital; años cincuenta del siglo pasado (Foto Miguel, colección de Juan José Moral Daza, con tratamiento digital para los jarros).



desaparecieran los escasos alfares que se mantenían. En 1970 se clausuró el último horno peñafileense perteneciente a Pablo Curiel, aunque este maestro artesano relató a P. González que cerró su negocio para emplearse en la incipiente industria, no por falta de demanda sino porque su esposa enfermó, un gran inconveniente teniendo en cuenta que esta actividad era tradicionalmente oficiada por el conjunto familiar.

Para estas sociedades, el vino —reflejo de costumbres, modos de vida, expresividad artística, etc.— se convirtió en un elemento indispensable en la vida de sus gentes en distintos sentidos. Su consumo formaba parte de la dieta de mayores y de infantes como un alimento más. A los niños se les permitía tomarlo, en pequeñas dosis, mezclado con agua o empapando una rebanada de pan con azúcar. Los adultos solían echar vino en la ensalada y también lo empleaban para elaborar la popular limonada (vino, azúcar, limones y algo de agua). Otra forma de consumirlo era (y es) a modo de caldo donde se baña algún tipo de fruta como el melocotón. Asimismo, el vino encontró protagonismo en los ritos de paso de los adolescentes. Aquellas cuadrillas de jóvenes que deseaban incorporarse a la edad adulta debían convidar en la taberna, según la costumbre en la zona de Peñafiel (concretamente en Fompedraza) a una cuartilla de vino a la panda de mayor edad. Era habitual beber directamente del jarro, independientemente del tamaño y del lugar; tanto en la intimidad del hogar como en las meriendas colectivas se bebía *a morro* de catavinos o de azumbres, según los testimonios recogidos por Agustín García Benito en su obra *Cerámica tradicional de Peñafiel*.

Junto a ello también variaron otras cuestiones respecto a tiempos pretéritos como las vajillas relacionadas con la contención de los caldos. En buena medida, los aspectos formales de estas cerámicas vinculadas al vino estaban sujetas a las necesidades impuestas por la cotidianidad de la vida en el mundo rural y por los medios de comercialización propios del incipiente sistema capitalista. Hablamos de una alfarería que, bajo la denominación de *cerámica tradicional*, se caracteriza por su sobriedad y ello es debido, entre otras razones, a que su elaboración se ceñía exclusivamente a cumplir una función práctica siguien-

do las instrucciones de una clientela que, a su vez, estaba inserta en un sistema socioeconómico que marginaba el carácter simbólico, ideológico y estético que en otros tiempos las gentes vacceas otorgaron a sus producciones. Pese a todo, en las cuestiones decorativas se conservan piezas coquetamente engalanadas, especialmente las decimonónicas, producidas en momentos preindustriales del mundo rural en el XIX español. Por desgracia, la práctica decorativa se fue perdiendo, sobre todo a partir de los años cincuenta de la centuria pasada coincidiendo con la expansión de la industrialización, para dar paso a un aumento de la productividad intentando abaratar los costes. Otro de los aspectos en los que se observa una gran diferencia, con claro retroceso en relación a las producciones del pasado, es en la materia prima empleada. Mientras que los diestros alfareros vacceos emplearon pastas muy decantadas que, combinadas con un proceso de retorneado, les permitieron levantar vasijas de gran finura y elegancia, en tiempos posteriores este aspecto ya no se tuvo en cuenta y el barro utilizado fue mucho más tosco, una cuestión lógica por otra parte si se tienen en cuenta los objetivos buscados por unos y otros.

Existen distintas vasijas del tipo *tradicional* elaboradas en los hornos ribereños vinculadas con el vino tales como el tercial: un recipiente de gran tamaño, de forma globular, cuello cilíndrico y dos asas que parten del cuello para descansar sobre la panza. Este cántaro tenía una capacidad de treinta y tres cuartillos, una gran cabida teniendo en cuenta que un cuartillo equivalía aproximadamente a medio litro. Servía para acoger el mosto cuando se producía el vino, para traspasarlo a las cubas o para su medición, en cuyo caso llevaba la *sisá*. El registro, fiel o *sisá* era una muesca, una abertura horizontal de forma rectangular que indicaba el límite donde debía llegar el vino con el fin de evitar fraudes en la venta. A su vez, la *sisá* contenía en su parte inferior un círculo impreso que impedía que su tamaño se falseara y con ello la capacidad de la vasija. Las piezas que poseían esta marca se denominaban “poteadas”. Otra pieza era la media cántara, con capacidad para albergar ocho litros de vino: presenta forma similar al tercial aunque esta era vidriada en el interior y, por tanto, impermeabilizada, ya que se empleaban para

despachar el vino en la bodega. En este caso la *sisa* debía abrirse lo más arriba posible para evitar que los clientes protestaran. También se utilizaban para la venta a través del vertido en otros recipientes de menor capacidad. La vasija llamada “cuartilla”, con cuatro litros de capacidad, posee mayor aspecto de jarro que las anteriores, ya que presenta un cuerpo de tendencia globular, cuello cilíndrico y un asa lateral; también se empleaba para la venta en la bodega. Finalmente, los jarros de pico eran de muy variada capacidad y funcionalidad. Primitivo González en su obra *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid*, nos muestra dos grandes tipos: los de base ancha y poca altura, el tradicional llamado de “tipo Palencia” de mayor antigüedad y otros más altos, que poseen una base estrecha cuyo diámetro es menor que el mayor del cuerpo, semejantes a las producciones de Portillo y Valladolid.

Como ya se ha comentado, casi todos los jarros eran amarillentos, típica coloración de esta alfarería peñañielense. Este tono se obtenía por la tierra blanca de Fuentidueña que, a modo de pulimento, se aplicaba en la pieza una vez cocida con el fin de bruñir su superficie, lo que se denomina “juaguete”. Acto seguido se aplicaba el vidriado que al contacto con la capa de tierra anterior daba como resultado el color amarillo. Las decoraciones solían ser practicadas por las mujeres de los maestros alfareros. Para trazar las líneas, puntos, círculos o las formas geométricas realizadas en algunas vasijas así como ciertas composiciones con motivos florales y animales, se empleaba la pintura y/o la técnica incisa. Para dibujar animales, una de estas *artistas* dejó su testimonio (recogido por P. González) sobre cómo se fijaba en los dibujos esquemáticos de pájaros que aparecían en las cartillas escolares que servían para aprender las cuentas.

Por otro lado, las jarras de pico —vasijas de tendencia globular, de base más o menos ancha, de cuello alargado de donde parte un asa que llega hasta la panza y con pico vertedor— se producían para contener distintos líquidos. Las jarras para el agua son del tipo de base estrecha, poseen una fuerte asa que parte de lo alto del cuello y se prolonga hasta el cuerpo. Solían ser amarillas pero también se conocen en tonos rojizos, etc. Son piezas vidriadas, de diversos tamaños y a veces decoradas, que



Jarro de pico de Peñañiel, con decoración de pájaros (colección Ernesto del Campo Blanco).

se producían exclusivamente por encargo ya que se utilizaban para contener agua destinada al aseo personal. Las jarras de leche eran vasijas de tendencia esférica que solían contar con apoyo o peana y boca de pico trilobulado. Son muy similares a las jarras para la miel, ambas muy típicas de Peñañiel. Las jarras de cerveza, sin embargo, son bien diferentes: su forma es troncocónica (con igual diámetro de la boca y la base) y carecen de pico. Las jarras para el vino presentan forma globular, pueden tener o no peana, el cuello es troncocónico invertido y la boca es un pico vertedor. Poseen un asa que arranca en la parte opuesta del pico y se prolonga hasta la panza. Para el vino se elaboraban grandes jarros de media cántara (ocho litros), de cuartilla que eran unos cuatro litros (no confundir con el cuartillo que era medio litro) o los jarros de azumbre o de cuatro cuartillos, esto es, de unos dos litros. Estos eran los más habituales, entre los de mayor tamaño, empleados para ir a comprar el vino a la bodega donde generalmente se acudía varias veces al día, sobre todo, a la hora de comer para hacerse con el vino fresco. También los había de tres cuartillos, dos cuartillos, medio cuartillo, catavinos, etc., en un sistema particular y complejo de medidas. En otro sentido estético-funcional se elaboraron jarritas de pequeño tamaño que se popularizaron sobremanera



Izquierda: jarro de pico de Peñafiel (colección Juan José Moral Daza). Derecha: jarrito-palillero de un mesón de Fompedraza.

y que hacían (y hacen) las veces de palillero e incluso de cenicero. Se entregaban como detalle a los clientes que asistían a las inauguraciones de los nuevos bares.

El jarro de pico en Peñafiel fue tan característico y popular que surgieron dichos, expresiones y refranillos que hacían alusión a estos recipientes tales como:

*Tiene más pico que los jarros de Peñafiel.*

*Peñafiel, mucho pico y poca mesa.*

*Sí, de pico, como los jarros de Peñafiel.*

*En Peñafiel se hacen muchos jarros; de – pi – co.*

Tras el cese de la producción de jarros según la tradición alfarera, y generalizado el embotellado como método de contener el caldo de la vid, se hizo habitual la

reutilización de las viejas vasijas. En algunos casos, se emplearon para contener el sulfato de cobre que se empleaba para la desinfección de las cubas. Esto deterioraba las piezas y buena parte de los que se conservan presentan desconchones y manchas negruzcas que delatan su adaptación a los nuevos usos.

En la actualidad los jarros se tratan como objetos de coleccionista y se sitúan en bodegas reformadas, casi musealizadas donde perviven junto a buenos vinos. Los viejos jarros son expresivos de una época pasada por lo que se aprecian como piezas curiosas, pero se consideran demodé. Hoy, para contener y repartir el vino durante la comensalidad, se emplean objetos distintos elaborados con otros materiales, tales como decantadores más acordes a los tiempos que corren y al tratamiento que se nos impone para degustar los elaborados y caros vinos. Los jarros, sin embargo, encierran un halo de añoranza por momentos pasados junto con los que se ha perdido cierta autenticidad y sencillez en muchos aspectos. Sin duda, el jarro explica su existencia a partir del vino y ambos forman un todo indivisible que desde esta muestra de arte tratamos de enaltecer.





Bajando de la bodega de El Corralillo, en Peñafiel, con el vino fresco listo para ser consumido; el jarro mayor de un azumbre de capacidad, el menor, que lleva el niño, de un cuartillo. En torno a 1958 (fotografía de la colección de Juan José Moral Daza, con tratamiento digital para los jarros).



# VACCEA

La otra mirada



Universidad de Valladolid



CENTRO DE ESTUDIOS VACCEOS



CÂMARA MUNICIPAL  
VIANA DO CASTELO



Museu da Universidade de Valladolid

TEMPOS *Vega Sicilia*



Associação Cultural Pintia

PORTUGAL  
à mã

